

PRÓLOGO

-23 DE OCTUBRE DE 2003-

Llegábamos media hora tarde. Toda la culpa era de Paula. Ella y su manía de dejarlo todo para el último momento. Llevábamos tres meses esperando la fiesta de fin de curso. Habíamos completado nuestro primer año en la universidad. Se habían terminado los exámenes y los fines de semana encerradas en casa estudiando. Estábamos un año más cerca de convertirnos en ejecutivas de *marketing* y cambiar el mundo de la publicidad para siempre. Al menos eso era lo que ambas pensábamos en aquel momento de nuestras vidas, en el que creíamos que teníamos al alcance todas las opciones laborales.

—Estás estupenda, fantástica, guapísima —dije tratando de sonar convincente. Quería salir de casa de una vez por todas. Nos esperaban chicos guapos y baile hasta el amanecer.

—¿De verdad que estoy bien con estos vaqueros? ¿No me hacen el culo gordo? —Paula no paraba de dar vueltas sobre sí misma y contemplar su cuerpo desde todos los ángulos posibles.

—No seas tonta. Sabes que no hay nada en el mundo que pueda hacerte gorda. No lo estás. Y ahora vámonos, por favor.

—Vaya... Veo que hay alguien que se muere de ganas de ver a mi hermano —dijo sonriendo con malicia. No supe qué responder. Había acertado de lleno.

Conocí a Paula el primer día de clase. Las dos estábamos en el bar tomando un café con leche. Ella en un extremo de la barra y yo en el otro. Me llamó la atención por dos razones: porque era guapísima y porque mostraba la misma cara de terror que debía de tener yo en aquel mo-

mento. Cuando nuestras miradas se encontraron, sonreímos. Pocos minutos después estábamos sentadas juntas y descubriendo que íbamos a ser compañeras de clase. Congeniamos desde el principio. Después de una semana nos convertimos en inseparables. Fue durante aquellos primeros días cuando Paula me contó que tenía un hermano gemelo llamado Arnau. Automáticamente pensé que debía de ser bastante guapo. Tuve ocasión de comprobarlo en la primera fiesta a la que asistimos y enseguida me quedé colgada de él. No solo era alto, fuerte, rubio y tenía unos ojos azules divinos, sino que era divertido, inteligente y sabía bailar. Poseía todas las cualidades que yo admiraba en alguien del sexo opuesto. Sin embargo, todo lo que tenía de maravilloso, lo tenía de deseado. Las chicas revoloteaban a su alrededor como moscas y, aunque él estuvo encantador conmigo durante toda la noche, me convencí de que no tenía nada que hacer con él.

Pero durante el último trimestre las cosas entre nosotros habían cambiado un poco. Los tres habíamos decidido ponernos las pilas con nuestros respectivos estudios porque los exámenes de febrero habían sido un auténtico desastre. Paula y yo quedábamos casi todas las tardes en la biblioteca de la facultad y Arnau solía dejarse caer por allí. Al principio solo venía algún día entre semana. Siempre que terminábamos de estudiar nos premiábamos con algún refresco. Y así fue cómo poco a poco fui conociéndole más. Él estudiaba Periodismo. Le encantaba escribir y también era un gran contador de historias. Raro era el día en el que no terminábamos muertos de risa con alguna de las anécdotas que nos explicaba. A lo largo del mes de junio nos habíamos convertido casi en inseparables. Siempre los tres juntos a todas horas tratando de obtener las mejores notas posibles en los exámenes. Una de las últimas noches que habíamos quedado para estudiar él nos comentó que se estaba organizando una fiesta de las buenas en la que podríamos ce-

lebrar nuestra libertad para el resto del verano. Paula y yo no dudamos en apuntarnos. Además, durante las últimas semanas tenía la sensación de que él estaba más pendiente de mí que de costumbre. Incluso percibía cierta tensión sexual. La fiesta podría ser la oportunidad perfecta para estar con él y comprobar si había algo más entre nosotros.

Después de viajar en metro, en tren y un rato a pie logramos llegar al lugar en el que se celebraba el evento. Por suerte ninguna de las dos llevaba zapatos de tacón. Tanto Paula como yo habíamos optado por unas sandalias planas y el uniforme oficial para salir por la noche: pantalones vaqueros de cintura baja y camiseta ajustada. Las dos teníamos un cuerpo estupendo para lucir y aquello era precisamente lo que hacíamos. Ella en su versión rubia imponente de ojos azules y yo en la mía de morena y ojos negros. Además, aquella noche había decidido ser algo más atrevida de lo normal y me había puesto una camiseta negra con un escote bastante pronunciado. Iba a por todas.

Localizar a Arnau en la explanada de un polígono a las afueras de Sabadell fue bastante complicado. Había gente por todas partes. Era como si todos los estudiantes de la Universitat Autònoma de Barcelona (UAB) hubieran decidido asistir a la misma fiesta.

Durante unos minutos intentamos ubicarnos en el recinto. A nuestra derecha estaba el escenario en el que una banda formada por cinco chicos que parecían recién salidos del instituto interpretaban una versión bastante buena de *Everyday* de Bon Jovi. Paula y yo empezamos a cantar. Era una de nuestras canciones favoritas y solíamos escucharla a todo volumen cuando necesitábamos algo de motivación. Caminamos en dirección al escenario y nos unimos al resto del público que también coreaba el tema. Cuatro canciones después, el grupo abandonó el escenario. Estábamos muertas de sed y empezamos a abrirnos paso entre la multitud. En ese momento empezó a sonar *Die another de*

day de Madonna. Otro de nuestros referentes. Y volvimos a entregarnos a la música. Escuchar a la reina del pop a aquel volumen, aunque no fuera en directo, era estupendo.

—¡Vaya marcha lleváis! —dijo una voz justo al lado de mi oreja y noté un ligero cosquilleo detrás de la nuca.

—Arnau, ¡qué suerte que nos hayas encontrado nos morimos de sed! —Paula se enganchó al cuello de su hermano sin dejar de bailar. Él la siguió sin dificultad. De no ser porque sabía que eran gemelos hubiera asegurado que eran la pareja perfecta.

—Os acompaño a la barra —dijo él en cuanto su hermana dejó de bailar—. Solo tengo dos manos y son tres bebidas. Seguidme. —Arnau alargó la mano y cogió la mía. Al notar el contacto de su piel me ericé entera. Era la primera vez que entrelazábamos nuestros dedos y para mí fue una sensación maravillosa. Sonreí con disimulo y pensé que la noche no podía ir mejor.

Pedimos unas cervezas y empezamos a contarnos los planes que teníamos para los meses de verano. Paula y Arnau hablaban de hacer una escapada a Ibiza con los escasos ahorros que tenían. «Algo en plan *hippie*» había dicho mi amiga bastante emocionada. En mi caso era consciente de que me iba a tocar estudiar un poco pero también pensaba dejar bastante tiempo para el ocio. Tal vez pudiera apuntarme con ellos a aquel viaje. Sería estupendo poder pasar unos días con aquel chico de ojos azules que tanto me interesaba. Un nuevo grupo apareció sobre el escenario y se oyeron los primeros acordes de un gran clásico: *Losing my religion*, de REM. Sonaba realmente bien y Paula empezó a bailar. Nos separamos un poco de ella porque temíamos que, con tanto movimiento de brazos y caderas terminara por bañarnos con su cerveza.

Aquella canción me encantaba y comencé a tararearla con la vista puesta en dos chicos que aspiraban a que mi amiga les prestara algo de atención. No fallaba. Cada vez

que salíamos, a los pocos minutos estábamos rodeadas de chicos tratando de ligar con nosotras. Supongo que el tándem rubia *sexy* y morena con curvas era una combinación perfecta para atraerlos. Cuando aparté la vista de Paula me di cuenta de que Arnau me estaba mirando, y me ruboricé. Por lo general solía manejar a los chicos como se me antojaba. Pero con él era distinto. No sabía por qué me sentía algo cohibida cuando estaba junto él. Al principio lo atribuí a que le consideraba un experto en Historia, Literatura, Geografía e incluso deportes. Luego me di cuenta de que había algo más que conseguía dejarme sin palabras cuando él centraba su atención en mí.

—Mi hermana siempre rompiendo corazones —dijo sabiendo que yo había estado observándola hasta hacía unos segundos.

—Solo está bailando... —respondí sin poder disimular una sonrisa burlona.

—Claro... claro... —Arnau se acercó un poco más sin apartar sus ojos de los míos.

—Seguro que tú los rompes allá por donde pasas —dije sin abandonar el tono jovial.

—¿Tú crees? —Dio un par de pasos más y se quedó a pocos centímetros de mi cuerpo.

—Sois gemelos casi idénticos. Estoy convencida de ello... —respondí mientras sentía que el corazón se me aceleraba.

—A lo mejor no somos tan parecidos como crees. —Arnau estaba tan cerca que podía notar su aliento acariciándome la piel.

—Demuéstramelo —dije bastante segura de que iba a besarme.

Se aproximó todavía más a mí. Podía sentir su cuerpo rozando el mío y cómo los escalofríos recorrían mi piel en todas direcciones. El corazón bombeaba con tanta fuerza en mi interior que estaba segura de que él podía oírlo. Noté como si una corriente eléctrica nos envolviera. Cerré los

ojos esperando lo que sabía que iba a suceder. En realidad, me moría de ganas de que pasara. Esperé unos segundos, pero el ansiado beso no llegaba. Lo miré desconcertada y él se limitó a sonreír. Tenía unos labios gruesos preciosos y perfectos para ser besados. El azul de sus ojos se intensificó con aquel gesto haciéndolo aún más deseable. Sin embargo, sentirme rechazada hizo que el ambiente cambiara entre los dos. Di un par de pasos hacia atrás y la magia que nos había envuelto se esfumó por completo. Acababa de herir mi orgullo. Algo que ningún hombre antes había conseguido. No estaba acostumbrada a que me rechazaran y Arnau acababa de hacerlo con una facilidad pasmosa.

«Menudo capullo», pensé en cuanto conseguí recomponer un poco mis emociones. No iba a permitir que se diera cuenta de lo mucho que me había afectado lo que acababa de hacer. Sin pronunciar palabra me di la vuelta y fui a buscar a mi amiga. Paula conversaba ahora con los dos chicos que finalmente se habían acercado a ella. Mientras nos presentábamos y entablábamos conversación pude notar los ojos de Arnau clavados en mi nuca. Pero me dio igual. Si pensaba que me tenía loca por sus huesos lo llevaba claro. Toni y Carlos resultaron ser unos chicos muy agradables. Aunque era más que evidente que querían ligar lo hicieron con bastante arte, había que admitirlo. Ambos eran morenos, altos, de ojos castaños y en bastante buena forma. A medida que fuimos conversando pudimos saber que los dos jugaban en el equipo de balonmano de un pueblo cercano. Aquello explicaba los músculos que se intuían bajo su ropa. Las horas fueron pasando y cada vez nos sentíamos más a gusto. Paula había decidido centrar su atención en Toni y yo, en Carlos. A pesar de lo bien que me sentía no fui capaz de sacar de mi mente lo que había sucedido con Arnau. Cada vez que recordaba lo cerca que habíamos estado de besarnos y cómo él había pasado de mí, me encendía. Miré con disimulo a mi alrededor y no tardé mucho

en encontrarlo. Estaba al fondo del recinto con la espalda apoyada en lo que parecía la parte de atrás de una nave industrial. Besaba con pasión a una pelirroja.

Volví a sentirme ofendida. ¿Por qué ella sí y yo no? Enseguida me respondí mi propia pregunta. Era obvio. Arnau era uno de estos tipos a los que les gustaba hacerse los interesantes. Se había dado cuenta de que me gustaba y ahora pretendía que fuera detrás de él. «Pues va listo», pensé mientras centraba de nuevo mi atención en lo que me estaba diciendo Carlos. Cuando nos dimos cuenta eran las cinco de la mañana y la fiesta estaba tocando a su fin. Los chicos propusieron ir a otro lugar, pero ni a Paula ni a mí nos apetecía demasiado la idea. Eran muy majos, muy monos y muy de todo, aunque no tanto como para ir más allá con ellos. Nos despedimos con la promesa de volver a encontrarnos pronto y caminamos en dirección a la estación de tren.

En cuanto me senté en el vagón me di cuenta de que estaba agotada. Miré a Paula y ella no tenía mejor aspecto que yo. Aun así, estuvimos hablando sobre los chicos a los que habíamos conocido aquella noche.

—Oye... ¿qué tal con mi hermano?

—No sé a qué te refieres —dije muy digna

—Os he visto hablando antes y estabais muy acaramelados...

—Se te habrá subido la cerveza a la cabeza —respondí bastante seria.

—¿Te gusta mi hermano?

—¡Qué dices!

—Ay, madre... ¡Te gusta Arnau! —dijo en un tono de voz más elevado de lo deseable.

—No seas tonta. Nunca saldría con un tipo tan creído como él.

—¿Te ha dado calabazas?

Desvié la vista en dirección a la ventanilla del tren, me

quedé callada y me dediqué a observar el paisaje. En el horizonte, allí donde yo sabía que estaba el mar, la primera luz del día empezaba a ganarle terreno a la oscuridad.

—Iris... si mi hermano ha pasado de ti es porque le interesas —dijo Paula con mucha calma.

—Arnau no ha pasado de mí. He sido yo quien no ha querido nada con él. —En cuanto pronuncié aquellas palabras me arrepentí. ¿A quién pretendía engañar...?—. Bueno... vale... Me ha dejado con la miel en los labios —admití molesta.

—Típico de él.

—¡Pues conmigo lo lleva claro! No pienso ir detrás de él como un perrito faldero.

—Mejor. Tampoco creo que sea el tipo de hombre que te convenga.

—¿A qué te refieres? —dije con bastante curiosidad. Paula no solía hablar de su hermano con frecuencia.

—Pues que Arnau no es de los que piensan en el futuro, ni en las relaciones a largo plazo. ¡Pero si no sabe ni lo que hará mañana!

—¿Y eso es un problema?

—En tu caso sí

—¿Por qué?

—Iris hemos pasado los últimos ocho meses juntas. Creo que te conozco bastante. Eres organizada, perfeccionista y te gusta tenerlo todo bajo control. Sé que todo en tu vida está programado y muy estudiado. Créeme... Mi hermano no encaja en nada de eso.

—Podría hacerlo si quisiera. —A pesar de que estaba enfadada con él, no estaba dispuesta a rendirme tan fácilmente.

—La gente no cambia. Pero si quieres perder el tiempo intentándolo, allá tú. Al final me darás la razón y habrás perdido una parte de tu vida por algo que nunca será como tú quieres.

Hicimos el resto del trayecto en silencio. Yo no podía de-

jar de pensar en todo lo que me había dicho mi mejor amiga. Era más que probable que tuviera razón. Al fin y al cabo, se trataba de su hermano. ¿Quién lo iba a conocer mejor que ella? Pero había una parte de mí que se negaba a darle la razón y que me invitaba a seguir intentándolo cuando se me hubiera pasado el enfado por el rechazo.

Durante las semanas siguientes traté por todos los medios de lograr que él se acercara a mí. Cada vez que nos veíamos yo trataba conversar con él e interesarme por las cosas que le sucedían. Arnau se mostraba tan agradable conmigo como lo había sido siempre, pero nunca iba más allá. Evitaba con elegancia quedarse conmigo a solas y cambiaba de tema cuando iniciábamos alguna conversación que tuviera que ver con el amor o los sentimientos. Poco a poco me fui convenciendo de que lo que experimenté aquella noche a principios de verano en la fiesta había sido simplemente una sensación fugaz. Tuve la certeza de que él no era la clase de hombre adecuado para mí. Cuando llegó agosto, Paula, Arnau y yo, junto a siete amigos más, hicimos la ansiada escapada a Ibiza. Nosotros tres nos alojábamos en una buhardilla minúscula con un precio prohibitivo que logramos pagar con mucho esfuerzo. Tenía apenas quince metros cuadrados y se parecía mucho al camarote de los Hermanos Marx, pero contaba con unas impresionantes vistas a la Cala de San Vicente. Podíamos ver el mar sin movernos de la cama y los amaneceres eran también espectaculares.

Solo estuvimos en la isla cinco días. Fue tiempo más que suficiente para convencerme de que mi amiga tenía razón. No tuve ni una sola oportunidad. En cuanto llegábamos a una discoteca él desaparecía y volvíamos a verlo cuando nos pedía que le diéramos un poco de intimidad mientras él se llevaba al ligue de turno a la buhardilla. El primer día sentí una enorme decepción. Incluso lloré encerrada en el lavabo de la discoteca. La segunda noche mi reacción fue un poco más calmada. Y para cuando llegó la tercera ya ha-

bía reconocido que Paula tenía razón. Arnau era una especie de «viva la virgen», una persona incapaz de pensar en alguien que no fuera él y al que el futuro no le importaba nada. No era para mí.

Cuando regresamos a Barcelona ninguno de los tres habló de lo que había pasado durante las mini vacaciones. Yo era consciente de que Paula estaba al tanto del modo en el que me había afectado el comportamiento de su hermano por lo cariñosa que estuvo conmigo todo el tiempo. También sabía que conocía mi decisión de alejarme de él ya que estuve varias semanas sin aparecer por su casa con toda clase de excusas. Para cuando terminó el verano y tuvimos que volver de nuevo a la universidad, Arnau y yo habíamos conseguido mantener cierto equilibrio en nuestra relación. Ambos volvimos a ser cordiales el uno con el otro. Tal vez no nos comportáramos con la misma jovialidad que antes, pero, poco a poco, fuimos capaces de limar asperezas. El paso del tiempo se encargó de convertirnos solo en amigos.

CAPÍTULO 1

-5 DE OCTUBRE DE 2015-

Daba igual que fuera lunes, miércoles o viernes. Los días al lado de mi jefa eran siempre un infierno y hoy no iba a ser diferente. Doña Mireia Llorens llevaba tocándome las narices desde las ocho de la mañana. Después de casi nueve años trabajando con ella había llegado a la conclusión de que disfrutaba agobiándome de este modo.

—Iris, quiero tener listos todos estos documentos antes de la hora de comer. Asegúrate de que los firma cada director de departamento y me los devuelves para que yo los repase.

—Así lo haré.

—¡Ah! y haz una reserva en ese restaurante tan mono que tiene un jardín con fuentes por todas partes.

Al salir de su despacho, mis ganas de asesinarla habían aumentado de forma considerable. Tendría que perder un montón de mi precioso tiempo tratando de averiguar a qué restaurante se estaba refiriendo. Una vez localizado debería suplicar para conseguir mesa para aquel mismo día a la hora de comer. En ocasiones me preguntaba por qué seguía soportándola. A lo largo de mi carrera profesional había tenido varias oportunidades de dejar aquel trabajo. Pero al final, me compensaba: estar al lado de Mireia Llorens era una auténtica condena, pero tenía que reconocer que era muy buena en su trabajo. Había aprendido más de ventas y publicidad el primer mes a su lado que durante cuatro años en la universidad. En los días más duros me preguntaba por qué soportaba realizar un trabajo de secretaria, de mera asistente, cuando mis aspiraciones eran otras. La respuesta siempre era la misma: tenía una oportunidad única

de aprender de una de las mejores profesionales del sector no solo de España, sino de Europa. Calculaba que en unos tres años podría dejar aquel puesto para conseguir mi auténtico sueño: poner en marcha mi propia agencia de *marketing* y publicidad.

Me senté frente a la mesa y vi el montón de papeles que tenía desplegados a la espera de que les diera una salida. Entre lo que me había dado mi jefa y lo que descansaba allí apilado tenía trabajo para el resto de la semana. Respiré hondo y me puse en marcha. Cuanto antes consiguiera esa reserva, antes podría empezar con mi trabajo de verdad.

A la una en punto el teléfono me devolvió a la realidad.

—Vámonos a comer o me volveré loca —dijo Paula muy seria.

—Espérame en la puerta. Tardo dos minutos en bajar.

—Hoy creo que me voy a meter carbohidratos hasta por las orejas —dijo en cuanto me vio salir del ascensor.

—Había pensado hasta pedir una botella de vino para acompañar el almuerzo. ¡No veas qué mañanita tiene la señora!

—Pero si tú nunca bebes en horas de trabajo —respondió Paula entre risas—. Sí que debe de estar mala la cosa por allí arriba.

—Ni te lo imaginas. Hay días en los que pienso que Mireia no puede ser más insoportable pero lo cierto es que siempre me demuestra que puede superarse a ella misma.

—Anda vayamos a la pizzería y, ¡que arda Troya!

Salimos del inmenso edificio que albergaba las oficinas de Brandson Lee, multinacional en la que llevaba trabajando demasiado tiempo como secretaria de dirección y asistente personal de Mireia. Caminamos un par de manzanas y entramos en Magiannos, un elegante restaurante en plena Diagonal donde servían el mejor *risotto funghi porcini* que había probado en toda mi vida. Lo preparaban con el tipo de arroz adecuado y las setas blancas que lo acompañaban

tenían un sabor fresco e intenso. Como si las hubieran seleccionado exclusivamente para mí. Una vez en el interior nos dirigimos a la mesa de siempre: una muy pequeña junto al ventanal, vestida con el típico mantel de cuadros y la botella de Chianti, lo que le daba a cualquier almuerzo de trabajo un aire de *glamour* y de escapada por tierras italianas. Desde allí podíamos controlar a todos los ejecutivos y decidir con cuál ligaríamos si llegaba el caso. Éramos dos mujeres solteras a las que les gustaba pasarlo bien de vez en cuando.

—¿Al final triunfaste el sábado por la noche? —dijo Paula mientras leía la carta con atención.

—Si por triunfar te refieres a irme a casa sola, la respuesta es sí. —Reímos—. Pensé que sería mejor eso que despertarme a la mañana siguiente junto a algún tipo espantoso del que no recordaría ni su nombre.

—Visto así... ¡Hiciste bien! Yo también decidí pasar de rollos y me fui a casa a leer.

—Nos estamos haciendo mayores y exigentes —dije sin poder controlar la risa.

—En absoluto. El problema es que el panorama está fatal. ¿Qué ha pasado con los hombres?

—Tal vez ellos se estén preguntando lo mismo acerca de nosotras —dije divertida cuando ya había decidido lo que quería para almorzar.

—Probablemente. Ya sabes lo que opina mi hermano sobre el tema.

Con el paso de los años Arnau y yo nos habíamos convertido en buenos amigos. Él seguía saltando de flor en flor. Nunca habíamos llegado a hablar de lo que casi sucedió entre nosotros y, poco a poco, el tiempo había hecho su labor dejando lo nuestro en una simple anécdota de juventud. Ahora era redactor en *Actualidad*, un importante diario de tirada nacional y era de los pocos que todavía pensaba que la prensa escrita sobreviviría en la era de internet. Trabaja-

ba sin descanso porque le apasionaba su profesión y también porque quería conseguir el puesto de Redactor Jefe al que aspiraba desde hacía dos años.

—Bueno, tu hermano puede ponerse el listón tan alto como quiera. Es guapo, triunfador y tiene un sueldo fijo. ¡Es un partidazo!

—Eso mismo le digo yo —respondió Paula mordisqueando un palito de pan cubierto de albahaca y sal —pero él dice que todo es producto de una sociedad decadente favorecida por la redes sociales.

—Repíteme eso cuando tenga el estómago lleno que ahora mismo soy incapaz de comprenderlo —dijo esbozando una sonrisa.

Un camarero alto, moreno y con acento italiano se encargó de tomar nota de nuestro almuerzo. Unos minutos después disfrutábamos de una copa de Chianti y una ensalada de tomate y *mozzarella* que tenía una pinta deliciosa.

—Bebamos despacito y con discreción —dijo Paula casi en un susurro. —Como alguien del trabajo se entere de que estamos dándole al tinto un lunes a lo mejor conseguimos que nos echen.

—Lo dudo. Tal vez en Navidad. Pero ahora mismo necesitan a todas y cada una de las secretarias, así es que vamos a brindar. ¡Por los días mejores que han de venir! —dijo muy convencida de que algo importante me esperaba a la vuelta de la esquina.

—¡Eso! Para que en un futuro no muy lejano seamos nosotras quienes les hagamos la vida imposible a otros.

Entrechocamos nuestras copas, dimos un pequeño sorbo y nos lanzamos a quejarnos de la cantidad de trabajo al que teníamos que hacer frente cada día.

—A las ocho y veinte ya me estaba diciendo Xavier que enviara unos *e-mails* urgentes a las delegaciones de Londres, Milán y París —dijo Paula mientras cortaba en trozos muy pequeños una lasaña de verduras con un aspecto deli-

cioso—. ¿Qué puede haber tan urgente un lunes a esas horas?

—Probablemente algo que se le olvidó encargarte el viernes porque tenía prisa por irse a tomar unos vermús con sus colegas antes de comer —dije con malicia—. Sé que no debería hablar así, pero me tienen todos muy harta. Últimamente estoy desencantada y muy enfadada con el universo.

—Lo que me sorprende es que aún tengas fe en el género humano trabajando al lado de esa mujer —respondió Paula con una sonrisa perversa.

—Deberías verla cuando desarrolla un proyecto. Pienso con una agilidad fascinante y tiene una capacidad para analizar los problemas que ya la quisiera yo para mí. Por eso la soporto y trato de aprender de ella lo máximo posible —dije pensativa.

—La tienes un poco idealizada. Eres igual de válida que ella o incluso más. Solo tienes que creértelo —respondió mirándome directamente a los ojos.

—No te preocupes. Llegado el momento me haré valer y sacaré el genio. Ahora todo lo que tengo que hacer es seguir mejorando e intentar no morir por el camino.

Mi móvil empezó a vibrar sobre el mantel. Desvié la mirada y comprobé que era mi madre. «El día mejora por momentos», pensé. Durante varios segundos se me pasó por la cabeza la idea de no contestar, pero al darme cuenta de que Paula me miraba con desaprobación decidí que sería más fácil averiguar qué quería. Tomé aire un par de veces con gesto teatral y eso provocó que Paula sonriera.

—¡Por todos los santos, Iris! ¿Es que no coges nunca ese maldito teléfono tuyo?

—Buenas tardes, mamá. ¿Cómo estás? ¿Has pasado un buen fin de semana? ¿Qué tal el trabajo? —Era consciente del tono tan impertinente que acababa de emplear. Ese era el efecto que causaba mi madre en todo el mundo, incluida

yo. Me desquiciaba su necesidad de reclamar constantemente la atención de todos los que la rodeaban.

—¡Ahórrate los sermones! ¿Por qué no viniste ayer a almorzar?

Intenté pensar en una excusa creíble a toda velocidad. Pero ya estaba agotada, aunque solo fuera mediodía.

—No me apetecía soportar tus esfuerzos para emparejarme con algún pijo decadente. Tengo edad suficiente para elegir la compañía que desee —dije muy seria.

—¡Cómo puedes hablar así de Aleix! Es un chico majísimo que acaba de licenciarse en Harvard y está a punto de empezar un MBA en Estados Unidos.

—Otra razón para no conocerlo. Antes muerta que mantener una relación con un tipo que está viviendo a siete mil kilómetros de distancia —respondí mientras vi por el rabillo del ojo cómo Paula hacía esfuerzos por contener la risa.

—A este paso solo te querrán los cuarentones divorciados sin futuro y cargados de hijos —sentenció mi madre.

—Siempre puedo irme a vivir contigo y hacernos compañía —dije con muchísima ironía.

—Iris, ya has pasado de los treinta. No serás joven y deseable toda la vida. De hecho ya...

—Me estoy marchitando, sí. —Decidí terminar yo la frase con la que me torturaba.

—No te lo tomes a broma. Eso es así.

—Mamá estoy cansada de decirte que no lo es. Es innecesario que me mate de hambre para entrar en una talla 36 y tampoco es imprescindible parecer joven eternamente. Así que deja que viva mi vida como quiero y, de este modo, yo tampoco diré nada de los hombres que pasan por la tuya casi a la misma velocidad con la que respiras.

—¡No te atrevas a juzgarme! —respondió bastante molesta.

—Madre, solo trato de hacerte ver cómo me siento cada vez que decides organizarme una de tus citas a ciegas. Si quieres que almorcemos juntas, lo haremos. Me pondré en

contacto con tu secretaria para que lo organice. Pero no me llames más para que me reúna con los hijos de tus amigos que me interesan entre poco y nada. ¿De acuerdo?

—Cualquier chica de tu edad mataría por conocer hombres como los que yo intento presentarte. —Mi madre no estaba dispuesta a dar su brazo a torcer.

—A estas alturas ya deberías saber que no soy como las demás.

—Eso es cierto. Te estás convirtiendo en una madurita insoportable —dijo con amargura.

—Yo también te quiero y te echo mucho de menos, madre.

Al oír aquello Paula puso los ojos en blanco y chasqueó la lengua. Sabía que si no me controlaba nos enzarzaríamos en otra de nuestras durísimas discusiones. Nunca nos habíamos llevado bien. Nuestros caracteres eran muy diferentes. Ella era una mujer que, por su profesión, vivía constantemente de cara a la galería. Siempre pensaba en cómo vestir, en el modo en el que debía actuar, en las palabras que tenía que decir en todo momento para quedar bien. Calculaba cada uno de sus movimientos a la perfección y había seguido aquel mismo patrón conmigo. Durante mi infancia no me faltó de nada en el aspecto material. Fui a uno de los mejores colegios de Barcelona, tuve los juguetes por los que suspiraban mis compañeras de clase y cada año me llevaba una semana a Disneyland. Sin embargo, nunca tuve lo que más ansiaba: a ella. Sin ningún tipo de máscara ni artificio. Solo deseaba que me quisiera, que me abrazara, que me leyera un cuento por las noches. Pero nada de aquello sucedió. Crecí en un entorno carente de cariño. Probablemente por eso, con el paso de los años, yo había ido huyendo, cada vez más, de todo lo que sonara artificial, y falso. Había desarrollado un carácter extrovertido y no me molestaba en ocultar que era una mujer con mucho genio. Tampoco me importaba en absoluto lo que los demás

opinaran de mí, del mismo modo que no me preocupaba demasiado por mi imagen. No es que combinara flores con cuadros, pero tampoco me obsesionaba por seguir los dictámenes de la moda del momento.

A medida que fueron pasando los años, la distancia entre mi madre y yo se convirtió en un abismo que, cada una a nuestra manera, intentábamos salvar con un almuerzo de vez en cuando al que ambas acudíamos con el deseo de que no se prolongara demasiado.

Un bufido al otro lado del teléfono me hizo volver a la realidad.

—Comamos algún día de esta semana. Ahora tengo que regresar al trabajo.

—Dale recuerdos a Mireia y dile que me llame para hablar del próximo desfile.

—Bien...

Instantes después estaba llenándome la copa de vino hasta los topes. Luego me la acerqué a los labios y la vacié casi de un trago. La rellené y, cuando iba a repetir la acción, Paula negó con la cabeza.

—Llegar borracha al despacho no te va a ayudar demasiado —dijo con seriedad—. Sigo sin explicarme cómo es posible que os llevéis tan mal. —Paula había asistido a muchos de nuestros desencuentros y le parecía increíble que no fuéramos capaces de reconducir la situación entre nosotras.

—Tienes razón —respondí mientras dejaba la copa de nuevo sobre la mesa—. Pero es que esa mujer, por mucho que sea mi madre, me saca de mis casillas. Sabe cómo hacer daño. Conoce de sobra la relación que mantengo con mi jefa, ¿te puedes creer que me ha pedido que le recuerde a Mireia que la llame para el desfile de otoño que está organizando? ¿No crees que lo lógico sería que invitara a su hija a un evento como ese en vez de a su jefa?

Paula permaneció en silencio durante unos segundos.

—Supongo que sí, pero teniendo en cuenta cómo os lleváis, tampoco es tan raro que haya invitado a Mireia. Ella es una gran admiradora del trabajo de tu madre y suele llevar muchos de sus modelos a los eventos a los que asiste. Tú jamás te has puesto una de sus prendas. Visto friamente tiene su lógica lo que ha hecho.

—A lo mejor tienes razón. Pero eso no hace que me duela menos.

—¿Por qué no hablas con ella?

—¡Por supuesto! A estas alturas voy a contarle a mi madre cómo me hace sentir con su forma de actuar —respondí sintiéndome bastante molesta.

—Pues deberías. Tal vez un día quieras hacerlo y no puedes —respondió muy seria.

—Me temo que eso es imposible. Ya sabes cómo fue mi infancia. Tras la muerte de mi padre todo lo que recibí fue educación, dinero y viajes cuando lo único que necesitaba era el amor de una madre. No puedo fingir que nos llevamos bien o que nos soportamos. Soy incapaz de olvidar el pasado y cómo he tenido que trabajar para no terminar siendo como ella.

—Tal vez deberías reconsiderarlo y darle una oportunidad.

—¿Por qué?

—Es posible que todavía la estés juzgando con los ojos de una niña enfadada porque su madre no la cogía en brazos o con los de una adolescente cabreada por tenerse que ir a un internado en Escocia en vez de quedarse en Barcelona junto a sus amigas —dijo Paula con la rotundidad que la caracterizaba.

—No tengo ningún trauma por haber pasado cuatro años en aquel internado. Es más, hasta lo recuerdo con cariño.

—Piensa en lo que te he dicho. Puede que llegue el día en el que necesites hablar con tu madre y ella ya no esté.

Decidí no responderle. Estaba convencida de que Paula

tenía una visión muy romántica de las relaciones entre padres e hijos. Para ella era fácil porque había crecido rodeada del cariño y del amor de los suyos. Sin embargo, no era mi caso. A aquellas alturas de mi vida no tenía la menor intención de empezar a trabajar en una relación con una mujer de sesenta y siete años a la que apenas conocía. Lo que sí debía hacer era esforzarme todavía más en mi trabajo, aprender todo lo posible y poner en marcha mi agencia de *marketing*.

Terminamos de almorzar y cuando pagamos la cuenta estuve a punto de llevarme la botella de Chianti conmigo. Pero mi amiga me miró con reprobación y la dejé sobre la mesa. De regreso en la oficina fuimos directas a la máquina de café que se encontraba en la tercera planta. Así tendríamos unos minutos más de descanso antes de ser absorbidas por más tareas de las que podíamos asumir. Estábamos a punto de irnos cuando Víctor pasó justo por delante de nosotras y nos dedicó una enorme sonrisa. Ambas lo seguimos con la mirada.

Aquel hombre era el soltero de oro de la empresa. Director de *marketing*, guapísimo, forradísimo y un canalla. Aun así, casi todas las chicas de la empresa bebían los vientos por él, incluida mi jefa, que ya no sabía qué hacer para captar su atención. El viernes anterior Paula y yo habíamos tomado una copa con él a la salida del trabajo. Nos habíamos divertido mucho escuchando las anécdotas de su reciente viaje a París; después nos despedimos sin volver a pensar en él en todo el fin de semana. Sin embargo, acabábamos de comprobar que él no lo había olvidado.

—Como Mireia se entere de la sonrisa que te acaba de dedicar su novio te despide —dijo Paula muerta de risa.

—¡Ya le gustaría que fuera algo suyo! Pero, en cualquier caso, la mirada te la ha dedicado a ti —respondí muy seria.

—Lo que tú digas...

—Sé perfectamente cuando un hombre me mira y Víctor ni siquiera se ha dado cuenta de que estaba aquí.

—Que sí, que sí... —respondió Paula sin dejar de reír—. Lo que tú digas.

—¡Bah! Me voy a mi despacho. A ver si consigo quitarme la montaña de trabajo bajo la que me han enterrado hoy. ¿Nos tomamos unas cervezas a la salida?

—Hoy no puedo. Le he prometido a Arnau que le acompañaría al gimnasio. Ya sabes, los buenos propósitos después del verano —dijo Paula dejando entrever lo poco que le apetecía aquel plan.

—Debería imitarte y ponerme seria con el deporte aunque no me apetece nada.

—Sí, pero recuerda lo que ha dicho tu madre... ¡Ya tienes treinta años!

—¡Serás...! —No pude terminar la frase porque mi jefa apareció frente a mí como por arte de magia.

—Vaya veo que todavía os queda tiempo para divertirlos. Debéis tener mucho tiempo libre. Será cuestión de daros más tareas.

Ni Paula ni yo respondimos. Cogimos el café y nos dirigimos cada una hacia nuestra mesa. Sí, Mireia Llorens podía llegar a ser una auténtica zorra.